

EN LA TUMBA DEL GENERAL HILARIO MONTENEGRO:

No pretendo dejar caer sobre esta tumba ni una necrologia ni una oración fúnebre. No pretendo colocar piadosamente un manojo de adelfas, de clavos de muerto, de flores desvaídas de sepelio. Es voz que grite alto, voz preñada de rabia y de angustia, manojo de rosas escarlatas, incubadas con sangre, como la rosa roja del apólogo de Wilde, lo que reclama recio la urna del compañero anciano asesinado.

Altivo y digno, en este siglo tan desprovisto de hombres dignos. Luchando siempre por ideales inflexibles, pleno de nobleza y de rectitud, sacrificando la vida y martillándose el espíritu por ver amanecer en las tinieblas de su patria crucificada.

Es mas que asesinato y crimen lo que se ha cometido. Es mucho mas: sacrilegio, monstruosidad. El puñal por la espalda derramando esa sangre que guardaba gustoso para ofrendarla sobre nuestra tierra reseca que tanta sangre pura necesita para florecer.

En muchos casos de asesinato cometeriamos un error y una injusticia cargando al criminal, entendiendolo por criminal al que maneja el arma, con el peso total de nuestro desprecio y de nuestro horror.

El criminal es casi siempre un ejemplar zoológico, forma humana con la bestia, instrumento ciego de otro que piensa y premedita.

Todos vemos proyectada en la sombra purpúrea de este crimen, una mano lejana que lo ejecuta; una mano ya experta en la función monstruosa de talar vidas; una mano que arroja una culpa mas sobre el alma torcida de su dueño, repleta hasta los bordes de culpas y de crímenes.

Y no debemos llorar. El llanto mancharía nuestras pupilas, y las queremos purísimas, y las necesitamos purísimas, para ver ampliamente la alborada que tendrá que venir. El compañero Montenegro apreciará desde su tumba nuestros ojos secos, como la ofrenda mas recia de dolor para su alma templada y altiva.

El sacrificio del anciano patriota debe tener para nosotros un sentido mas amplio y trascendental. Nuestra mirada rebelde debe ensanchar el horizonte al palpar el cadaver de este hombre noble y bueno, macabramente desfigurado por la punta cobarde del puñal. El es un reflejo de lo que hemos dejado allá lejos de lo que nos pertenece totalmente del terruño hecho piltrafas por veinte años de puñaladas cobardes.